

Prefacio

Cuando empezó el verano de 2001 lo tenía todo planeado. Dónde iba a ir, con quién iba a pasar cada día, y hasta qué cosas concretas quería hacer. Si hubiera tenido más tiempo para idear, y menos exámenes, es probable que hubiese decidido hasta qué conversaciones iba a mantener. Porque así era yo a los dieciocho años. Tenía que tenerlo todo calculado al milímetro, mi cabeza funcionaba casi con vida propia, intentando plantear todas las posibles situaciones a las que me fuese a enfrentar para que no hubiera demasiadas sorpresas.

La idea era sencilla: pasar seis semanas en la casa familiar con mis primas y mi tía, a las que adoraba. Mañanas de mar y tardes de piscina con charlas hasta altas horas de la noche y mucho relax. Películas, juegos, y disfrutar del tiempo en compañía. Dicho así no suena muy prometedor ni original, pero a mí me parecía lo más.

Por aquel entonces no había descubierto que, por muchos planes que hagas, luego viene la vida y decide sin tener en cuenta tus prioridades.

No llevaba ni cinco días en la casa cuando él apareció. Y digo apareció en el más amplio sentido de la palabra, porque entró por la puerta, y desde ese momento nada fue igual. El verano que todas esperábamos no fue el que tuvimos.

Si el día que llegué a la casa de la playa hubiese visto todo lo que se avecinaba para ese verano por una rendija espacio temporal (acabo de inventarme ese concepto) me habría reído a carcajadas pensando que algún hado del futuro me estaba tomando el pelo.